

DE CEGUAS Y CADEJOS

UN ESPECTRO EN NOCHE DE MASCARAS

Luisa Elena Estrada Espinosa¹⁴

Érase una noche repleta de ruidos, de olores y máscaras. Érase una noche que había perdido su manto de santo apostólico, católico y romano e izaba como bandera brillantina, plumas y cuero. Las calles pululaban, atestadas por oleadas de espectros que bailaban al son sísmico y chabacano de los chicheros. Estaba en su apogeo la velada de los Agüizotes en Masaya.

Las sombras ardían en llamas y gritos. Los trajes de ceguas sedadas, de enfermeras sangrientas de New York, de Jason y los diablitos, todos seguían como ánimas embelecadas la carreta Nagua, cumbre rústica de los desembocados e hilarantes profesantes. En su interior cerdos homínidos, demonios y mujeres alzaban sus manos a la noche provocando a la muchedumbre excitada. Los faroles cumplían su función de alumbrar etéreamente la calle y mucho más lejos, más volátil y carnavalesco, los juegos artificiales parecían lagunas fugaces de adrenalina estampadas en el cielo oscuro de la enarbolada ciudad.

Me dejé arrastrar por el flujo de gente, atontada por el estruendo de la fiesta que deseaba eternizar los tacones altos y el maquillaje. Seguía con la mirada infinidad de rostros, nubes corpóreas de personajes de miedo, de leyendas de pueblos blancos y tostados, máscaras del cine sórdido americano y diablitas liberadas.

Las casas con sus puertas abiertas como bocanadas de luz guardaban a los niños de los pedazos de carne empalados en largas estacas y el ajo diluido en tinta, porquerías ocultas entre el bullicio, trofeo y travesuras de los errantes.

La cerveza discurría como agua estéril y amarga por la garganta vaporizando todo alrededor, como cuento nuboso en noches calientes. La ropa adherida al cuerpo marcaba mi vientre y espalda. Los zapatos de tela, luchaban por un espacio en la calle y las aceras, trastabillando con latas, basura y pies encandilados de tanto girar, girar y recorrer distancias. El cabello pegado a mi



DE CEGUAS Y CADEJOS

rostro cansado, empapado en sudor y distraído por el latido callejero, migraba de mis mejillas a la parte posterior de las orejas, en un bailongo que seguía mis movimientos y risas.

Era una rueda de Chicago, iluminada y sicodélica. Eso era la noche. Y sentada en un muro verdoso y decadente, como la secuencia de las horas, posé toda la redondez de mi rostro en los grupos de gentes, vendedores ambulantes y el mítico humillo que acompaña la atmósfera de los bacanales y se dispersa por el viento hasta cubrirlo todo, dejando completamente anestesiado el espíritu.

-¿Estás aquí?-
-No-, jamás tendremos este recuerdo juntos, pero aun así lo estás viviendo.
-Entonces-, ¿finalmente caímos?-
-No, nos hundimos en los tentáculos finos de una noche de juerga-
-Es sólo un sueño relleno de papelillo de fiesta, sentirte aquí-
-¡Despertá!- Es sólo el ruido que te engulle y los colores los que te hacen sentirme así de cerca.

Fue solo una visión, una alerta de tono prolongado y ronco como el llamado de un barco que zarpa. Mis ojos como ostias, engrandecidos por la visión de su solo contorno, imponente ante la masa borrosa que hacían los demás, quedaron viendo aquella figura que no era devorada por la parranda y se adueñaba del espacio por donde circulaba perezosa, como si traspasara la materia y la tristeza lo cubriera como neón líquido.



DE CEGUAS Y CADEJOS

Detenido ahí, en medio el frenesí festivo, parecía que la música misma detenía sus notas en el aire para detenerse y verle, con su gran rostro de luna grisácea. Su cabello largo era el juguete de las corrientes de aire, contra su espalda chocaba la luz y caía al piso como trozos de vidrio. Era su sola presencia, su pesada y aguda presencia, la que clavó en mi columna aquel escalofrío.

Retiré los ojos por un momento, encandilados por la escena. Los engranajes de la mente procesaban la imagen y la retornaban como zumbidos a los tímpanos. El corazón latía como bomba hidráulica y el cerebro agobiado chocaba lerdamente contra las paredes del cráneo. La lengua seca saltaba como pecillo en mi boca, buscando formular palabras, pero era inútil tratar de mover los fardos en los que se habían convertido mi mandíbula y brazos.

Recuperándome en unos segundos de la embestida sísmica de los sentidos, volví la mirada buscando aquel contorno fortuito. Los ojos bailaban entre los grupos de gente, buscando aquel rostro alunado, aquel torso fugaz. Pero en esos segundos desvariados la figura se sumergió en la fiesta dejando la calle cálida como desierto sonoro.

Érase una noche que terminaba, aun sin ver los rayos del sol. Érase una noche que se dormía ya sufriendo resaca y culpa.

En el autobús blanco, mi cabeza reposaba contra el vidrio de la ventana. A mi alrededor, voces adormiladas reían, ahora casi en silencio, del circo que se retiraba de las calles empedradas con las máscaras en la mano y el maquillaje corrido. ¿Había sido un recuerdo prestado? No sé si imagine verlo alejarse por una calle lateral, vacía en comparación con el tumulto de gente que perseguía la delirante carreta. Tampoco quise saberlo, pues con tan solo aquel encuentro logró romperlo todo, como chiquillo malcriado. La carretera larga, inmóvil ante las ruedas que giraban sobre ellas, era como un hilo que no terminaba.

Mis lentes los guardé colgados en el escote de la camisa, y decidí cerrar los ojos y dormir, aun sin estar cansada, sin sentir dolor ni agotamiento, solo para no seguir pensando en el recuerdo, que de pronto se convirtió aquella noche en espanto.

